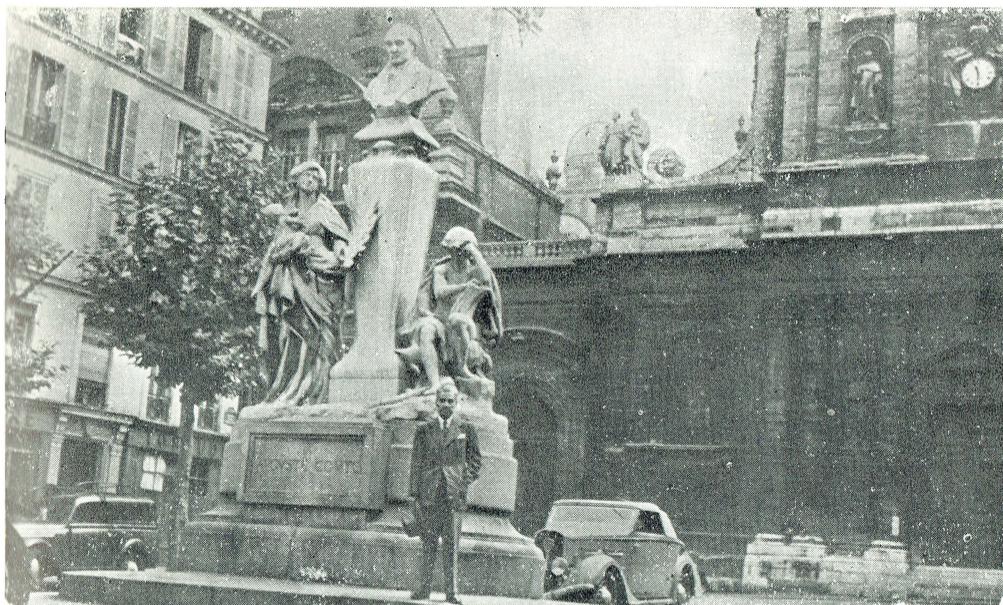




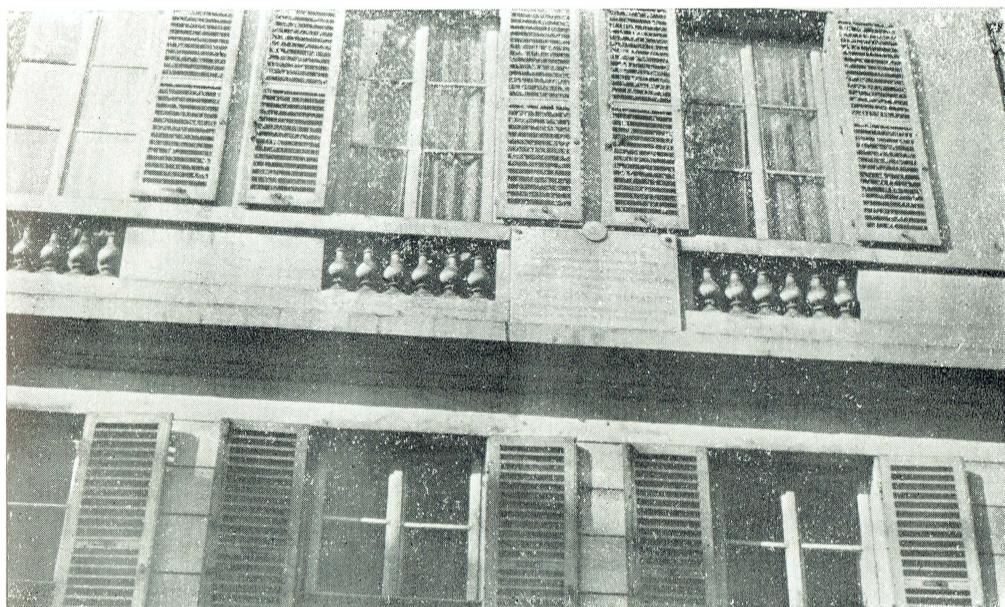
Auguste Comte, fundador de la Sociología



Clotilde de Vaux



El Dr. Lucio Mendieta y Núñez ante la estatua de Auguste Comte



Placa conmemorativa colocada en el departamento que ocupó Comte en la casa número 12 de la calle de Monsieur le Prince en París. (Fotografía de Lucio Mendieta y Núñez.)

Augusto Comte
Fundador de la Sociología

Por Lucio MENDIETA Y NUÑEZ,
Director del Instituto de Investigaciones Sociales de la U. N. A. M.

Introducción

UNA de las figuras egregias del pensamiento humano es, sin duda, la de Augusto Comte, creador genial del positivismo y de la nueva disciplina por él denominada Sociología, que influyeron poderosamente en la organización y en el rumbo del mundo civilizado.

La existencia de este insigne pensador está íntimamente ligada a su obra; él igualó, como quería el poeta, la vida al pensamiento, pues logró consagrarse al estudio y al bien, de acuerdo con su vocación y según los lineamientos éticos y filosóficos expuestos en sus libros, a pesar de que la suerte le deparó un sino atormentado, lleno de amarguras y de infinitos dolores. Está haciendo falta una pluma apasionada y apasionante como la de Stefan Zweig, para escribir la biografía de Augusto Comte, el asceta parisino que proyectó luz vivísima en la segunda mitad del siglo XIX sobre una humanidad que, a partir de la Revolución Francesa, vivía en la angustia de profunda crisis espiritual.

Síntesis biográfica

Nació Augusto Comte en Montpellier, ciudad del Mediodía de Francia, el año de 1798; sus padres pertenecían a la clase media, católica, conservadora y monárquica. Ingresó a la escuela a la edad de nueve años y dio muestras, desde luego, de poseer capacidad privilegiada, notable dedicación al estudio, carácter independiente y voluntarioso.

Su memoria era, en realidad, maravillosa, pues podía recitar largos poemas y páginas enteras después de oír su lectura una sola vez. "Aprendió por sí solo el español, el italiano, el alemán y el inglés."¹ Obtuvo premios en todos los años de su educación y demostró especial aptitud para las matemáticas, a las que se dedicó gran parte de su vida. Esta disciplina influyó profundamente en sus posteriores especulaciones filosóficas y sociales, pues le dio, según frase de Recaséns Siches, ese "espíritu de ingeniero" que fue como la raíz misma de su pensamiento positivista.

En 1814 se trasladó a París e ingresó a la Escuela Politécnica para hacer estudios de matemáticas y de física, pero, además, se dedicó por su cuenta a la lectura de obras políticas. Su apariencia sería, delicada, su carácter un tanto retraído, su excesiva afición a los libros, le valieron de sus compañeros el mote de "El Filósofo",² que fuera como una anticipación de su destino.

Por el éxito que obtenía en sus clases, Comte pudo aspirar a una brillante carrera, pero se mostró apasionadamente republicano e inquieto, nada menos que en la época en que Napoleón Bonaparte era el dictador de Europa. Acaudilló a un grupo de estudiantes para solicitar de un profesor particularmente odioso a los alumnos que no volviese a poner los pies en la clase. La Escuela Politécnica fue clausurada y Comte enviado a su familia por orden de la autoridad y sometido a vigilancia de la policía.³

A pesar de todo, volvió a París en 1816, contrariando la voluntad de sus padres, y se ganó la vida modestamente impartiendo clases particulares de matemáticas. Cuando la Escuela Politécnica fue abierta nuevamente, obtuvo en ella una cátedra de esa disciplina, que sirvió durante muchos años.

En opinión de Marvin, pueden señalarse tres acontecimientos decisivos en la vida de Augusto Comte.

El primero lo constituyó su amistad con el conde Enrique de Saint-Simon, de quien fue secretario durante seis años, de 1818 a 1824. El segundo, su matrimonio con Carolina Massin, en 1825, y el tercero su separación definitiva de la Escuela Politécnica.⁴

1 René Hubert: *Comte*. Ed. Suramericana. Buenos Aires, p. 10.

2 Joseph Lonchampt: "Précis de la vie et des écrits d'Auguste Comte", extrait de la *Revue Occidentale*. Paris, 1889, p. 4.

3 Joseph Lonchampt: *op. cit.*, p. II.

4 F. S. Marvin: *Comte*. Fondo de Cultura Económica. México, p. 20.

Saint-Simon tenía cuarenta años más que Augusto Comte en la época en que éste entró a su servicio y ejerció sobre su joven secretario influjo decisivo, no sólo por el renombre de que gozaba como escritor y político, sino debido a sus brillantes cualidades intelectuales. Precisamente porque la influencia de Saint-Simon hacía aparecer los primeros ensayos de Comte como simples transcripciones de sus ideas, se vio en la necesidad de separarse de él para realizar su propia obra.

Carolina Massin, la esposa de Comte, no parece que haya influido en sus trabajos científicos, pues aparte de que no tenía aficiones intelectuales, cuando se casó con ella, según dice Marvin, había trazado ya las líneas fundamentales de su filosofía. A ella debió largos años de sufrimiento, porque nunca llegaron a congeniar, antes bien, sus relaciones maritales parecen haber sido en extremo discordantes, al grado de que se atribuye a su fracaso matrimonial y a una polémica sostenida con algún opositor sobre la originalidad de las teorías de Comte, el que éste haya sufrido grave ofuscación mental, por la que se le recluyó en un manicomio, del que lo sacó su esposa para prodigarle solícitas atenciones hasta que logró recuperar completamente su lucidez.

La pérdida del puesto de profesor en la Escuela Politécnica marca la iniciación de una tercera etapa en la vida de Comte. Los géometras de ese plantel educativo se aliaron contra él para vengarse de las amargas protestas que escribió en el prólogo del tomo IV de su *Filosofía Positiva*, contra las formas de designación del profesorado. Habría quedado en la miseria el pensador insigne, pero sus amigos y admiradores de Inglaterra, gracias a las gestiones de Stuart Mill, le proporcionaron recursos inmediatos, y después Littré, en Francia, logró colectas que le permitieron vivir entregado, exclusivamente, a su labor creadora.

En nuestro concepto, hay un cuarto acontecimiento en la vida de Comte: su encuentro, a fines de 1844, con Clotilde de Vaux, por quien concibió apasionado amor que dio a sus pensamientos y a su conducta personal, en los últimos años de su existencia, un tono sublime.

La obra de Augusto Comte

Augusto Comte aparece en el mundo intelectual en una época en que las preocupaciones y los estudios sobre la sociedad y los fenómenos sociales habían llegado a cierta madurez. Sus grandes cualidades de analítico y sintetizador le permitieron aprovechar todo lo hasta entonces

realizado por otros autores para crear su grandioso sistema de Filosofía y de Política Positiva.

Para Comte, la situación de los pueblos europeos, después de la gran crisis provocada por la Revolución Francesa, era de carácter anárquico, porque carecían de un sistema de principios comúnmente aceptados, que estableciera la armonía necesaria entre las gentes para cimentar un orden social dentro del cual pudieran desarrollar pacíficamente sus actividades. Por eso se impuso la misión de buscar un remedio “a tal estado anímico, verdadera enfermedad de la sociedad”⁵

Y creyó hallarlo en una nueva filosofía, cuya creación intentó a través de varios ensayos publicados de 1816 a 1825, hasta coordinar una serie de ideas que ofreció, claramente sistematizadas, en su célebre curso dado en París, al que concurrieron eminentes personalidades intelectuales, y que publicó de 1830 a 1842 en los seis volúmenes de su *Filosofía Positiva*.

El objeto de la nueva filosofía, según René Hubert, era:

a) Proporcionar a las mentalidades individuales un sistema de creencias para unificar el espíritu colectivo.

b) Establecer un conjunto de reglas coordinadas sobre las creencias comunes del sistema aludido.

c) Determinar una organización política que sería aceptada por todos los hombres, en virtud de que respondería a sus aspiraciones intelectuales y a sus tendencias morales.

Es claro que un sistema de creencias sólo puede ser aceptado por todos si se funda sobre conocimientos incontrovertibles, y de ahí que la Filosofía Positiva trate de ser, ante todo, “una teoría del saber que se niega a admitir otra realidad que no sean los hechos y a investigar otra cosa que no sean las relaciones entre los hechos”.⁶

Para la Filosofía Positiva, el conocimiento de las “cosas en sí” es imposible. Debe consagrarse exclusivamente a la investigación de la realidad, rechazando todo saber apriorístico y toda especulación metafísica.

5 René Hubert: *op. cit.*, p. 26.

6 Ferráter y Mora: *Diccionario de Filosofía*. Ed. Atlante, S. A. México, D. F., 1944.

Así considerado el positivismo es, afirma el Dr. Luis Recaséns Siches, “una negación de la Filosofía”.⁷

Sin embargo, esto depende del concepto que se tenga sobre la Filosofía.

“Empleo la palabra Filosofía, dice Augusto Comte, como la empleaban los antiguos, y especialmente Aristóteles, en su significación de *sistema general de concepciones humanas*. Al añadirle la palabra positiva indico que considero esta manera especial de filosofar consistente en contemplar las teorías, en cualquier orden de ideas, como dirigidas a la coordinación de los hechos observados”.⁸

“Considerada, explica, en primer lugar en su acepción más antigua y común, la palabra *positivo* designa lo *real*, por oposición a lo quimérico.” El contraste entre lo útil y lo inútil. Recuerdo, así, en Filosofía, el debido destino de todas nuestras justas especulaciones en pro de la mejora continua de nuestra condición individual y colectiva, en lugar de la vana satisfacción de una curiosidad estéril. La tercera significación señala la oposición entre la certeza y la indecisión: indica casi la aptitud característica de tal filosofía para construir espontáneamente la armonía lógica en el individuo y la comunión espiritual entre toda la especie, en vez de aquellas dudas indefinidas y aquellas discusiones interminables, que necesariamente suscitaba el antiguo régimen mental. Una cuarta acepción ordinaria, frecuente, confundida con la anterior, consiste en oponer lo preciso a lo vago”.⁹

Finalmente considera la palabra positivo “como lo contrario de lo negativo”, y de ahí concluye que la Filosofía Positiva está destinada no a destruir, sino a organizar. “Saber para prever, prever para obrar”, constituye el lema fundamental del positivismo. Es, pues, una Filosofía eminentemente pragmática que establece una posición ante la existencia y el universo, basada en la contemplación de una y otro sólo a través de las realidades comprobadas científicamente y con el fin de ordenar esas realidades en beneficio del ser humano. Es, como dice el sociólogo español José Medina Echavarría, “una reconstrucción del mundo y de

7 Luis Recaséns Siches: *Lecciones de Sociología*. Editorial Porrúa, S. A. México, 1948, p. 67.

8 A. Comte: *Cours de Philosophie Positive*. Schleicher Freres Editeurs. París, 1908. Nota preliminar.

9 Discurso preliminar al tratado filosófico de astronomía popular. París, 1845.

la vida por obra de la conciencia científica".¹⁰ En otras palabras, una Filosofía tan legítima como cualquiera otra.

Un sistema filosófico practicista dirigido al mejoramiento individual y colectivo tenía que encarar, necesariamente, a la sociedad y a los fenómenos sociales para descubrir las leyes que los rigen con el propósito de usar esas leyes en pro de una reforma social que elevara las condiciones de convivencia humana a los planos más altos de comprensión y de armonía. Es por eso que sólo después de haber sentado las bases de la Filosofía Positiva en los tres primeros volúmenes de esa obra, en el Tomo IV realiza la creación genial de una nueva disciplina indispensable para llegar al conocimiento de la realidad social: La Sociología.

Es cierto que ya desde el siglo XIV Aben Jaldum, el insigne escritor y político árabe, y más tarde en el siglo XVIII, el infortunado Juan Bautista Vico, expusieron claramente la idea de que la sociedad y sus fenómenos debían ser objeto de una ciencia a la que no aciertan a dar el nombre. En época más reciente, a fines del siglo XIX, Saint-Simon expone la necesidad de constituir una ciencia de la sociedad para orientar la reorganización de la industria y la denomina Ciencia Política, sin éxito.

Fue Augusto Comte quien, siguiendo las mismas huellas, primero llama a la nueva disciplina Física Social, con la intención de subrayar su carácter positivo, científico. Dice haber construido esa expresión diecisiete años antes de la fecha en que empezó a escribir su *Filosofía Positiva*; pero como diversos escritores se la apropiaron, entre ellos un sabio belga (refiriéndose sin duda a Quetelet), que rotuló así un libro "en donde se trata de una simple estadística" se decide a formar con el vocablo latino (*societas*) y otro griego (*logos*) la palabra sociología, "Yo creo deber aventurar desde ahora este término nuevo, dice Comte, exactamente equivalente a mi expresión ya introducida de Física Social, a fin de poder designar con un nombre único esta parte complementaria de la Filosofía Natural, que se refiere al estudio positivo del conjunto de las leyes fundamentales propias de los fenómenos sociales. La necesidad de una tal denominación para corresponder al destino especial de este volumen hará, yo espero, excusar aquí este último ejercicio de un derecho legítimo del que creo haber usado con toda la circunspección conveniente,

10 José Medina Echavarría: *Sociología contemporánea*. Ed. La Casa de España en México, p. 48.

sin dejar de experimentar una profunda repugnancia por todo hábito de neologismos sistemáticos.”¹¹

Tal vez esta explicación atrajo las críticas sobre el hibridismo del término y algunos llegaron hasta a tratar de sustituirlo por otros filológicamente impecables: Courcelle propuso la palabra *Poliología*; Lemounsin, *Hetairología o Cenecología*, y Lester F. Ward, *Socionomía*; pero el éxito del nombre ideado por Augusto Comte fue decisivo. Ninguno otro designa con tanta precisión y ventaja los conocimientos a que se aplica; la impureza del vocablo carece de importancia científica, la discusión sobre este punto no es más, según la certera frase de Ignacio A. Pane, que “gramaticalearía cursi.”¹²

De la obra de Comte pueden obtenerse varias definiciones de la Sociología entre ellas la que le señala como objeto propio el estudio de los fenómenos humanos superiores, o sea los que presentan los hombres reunidos en sociedad. También la definió como ciencia del orden y del progreso social.

Como parte integrante de la Filosofía Positiva, la Sociología debe ser una disciplina fundamentada en los principios de esa filosofía y seguir sus métodos, que son los basados en la observación, la experimentación y la comparación; es decir, los mismos de que disponen las ciencias naturales para darle el rigor científico que requiere todo conocimiento positivo; pero, además, Comte le señaló a la Sociología un método propio: el histórico, la observación del pasado. “Sin embargo —dice—, en la Sociología la noción tiempo juega un papel secundario, pues como ciencia teórica es eminentemente abstracta y general.”

“Así —agrega—, por indispensable que sea la función que en la Sociología debe llenar la historia, alimentando y dirigiendo sus principales especulaciones, se ve que su empleo en ella debe mantenerse abstracto. Ello sería, en cierto modo, historia sin nombres de personas, ni aun de pueblos.”¹³

Después de dar la denominación a la nueva disciplina y métodos, le señaló contenido dividiéndola en Estática y Dinámica.

La estática social se debe ocupar del estudio de la sociedad en reposo, de su estructura, empezando por el individuo, para seguir con la primera célula de la sociedad que es la familia, cuya función histórica

11 Auguste Comte: *Cours de Philosophie Positive*. Schleicher Freres Editeurs. París, 1908, T. iv, nota a la p. 132.

12 Ignacio A. Pane: *Apuntes de Sociología*. Editorial América. Madrid, p. 59.

13 Auguste Comte: *Cours de Philosophie Positive*, T. iv, lección 52.

consistió en engendrar los elementos que terminaron por constituir el Estado, objeto también de la Sociología estática.

La dinámica social, en cambio, tiene como fin la investigación del principio que rige el progreso de la humanidad que Comte, siguiendo las especulaciones de Turgot y de Saint-Simon, creyó hallar en la ley de los tres estados o fases por las que atraviesa el pensamiento humano en sus especulaciones: el estado teológico, el metafísico y el positivo.

El pensamiento del hombre influye sobre la organización de la sociedad y, en consecuencia, esa organización atraviesa también por los tres estados aludidos. En la etapa teológica, la humanidad cree que todo está regido por seres sobrenaturales, por dioses. Todo se explica por la acción de esos seres. Así nacen el fetichismo, el manismo y el politeísmo. En la segunda etapa se explican todas las cosas como efecto de fuerzas tales como la energía; es el período metafísico, y, por último, la humanidad trata de descubrir las leyes que rigen los fenómenos, estudiando las relaciones de causa a efecto. Entonces surge el estado positivo.

Contiene la obra de Augusto Comte otras muchas observaciones y especulaciones de carácter sociológico; pero sin llegar a formar un sistema completamente configurado y definido de Sociología; sin embargo, ensaya la clasificación de las ciencias para colocarla dentro de ella, como nueva clase de conocimientos, y concibe una jerarquía según la cual pueden ordenarse las disciplinas científicas tomando en cuenta su grado de abstracción y de generalidad, yendo de las más abstractas y generales a las más concretas y menos generales. De este modo formó la siguiente gradación: matemáticas, astronomía, física, química, biología y sociología. Según esta clasificación, cada ciencia se apoya en la que le antecede y, en consecuencia, la Sociología utiliza todo lo aportado por las otras disciplinas, con el fin de estudiar la realidad social y de hallar las leyes que la rigen para que, con fundamento en esas leyes, sea posible mejorarla en bien de la humanidad.

La reorganización social, sin embargo, en el sistema comtiano, corresponde no a la Sociología, sino a la Política Positiva, cuyo objeto es coordinar el orden con el progreso, pero apoyándose en los principios sociológicos. En otras palabras, la Sociología debe dar las bases para la elaboración científica de la política.

Hasta aquí todo parece inobjetable; pero Comte, separándose de sus propias enseñanzas, abandona el terreno positivista de las realidades para imaginar una sociedad ideal partiendo de una serie de concepciones apriorísticas.

Afirma que, para coordinar el orden con el progreso en la Sociedad, es necesaria la religión, porque sólo la religión regula y enlaza las voluntades individuales; pero ante la diversidad de religiones que separan a la humanidad en grupos antagónicos, resulta indispensable organizar una nueva religión fundada en el espíritu positivo, a fin de que sea aceptada por todos. Propone, al efecto, substituir las viejas religiones por la Religión de la Humanidad, porque mientras los credos religiosos existentes se basan en dogmas improbables, la humanidad es una idea perfectamente positiva, conocida y analizada por la historia.

La humanidad, en la religión positiva, se llama el Gran Ser y es divinizada y venerada, en sus hombres notables, por medio de un culto dirigido por un gran sacerdote y propagado y sostenido por sacerdotes menores de carácter intelectual, verdaderos sociológicos líderes de la nueva feligresía.

Comte formuló un catecismo y un calendario positivista, en el que los santos fueron substituídos por sabios. La mujer, en la religión positiva, ocupa un lugar preeminente.

Imposible seguir, al detalle, todos los principios y los aspectos de la Religión de la Humanidad en los breves límites de este estudio. Por lo demás, el tema ya no es de carácter sociológico ni estrictamente científico.

En el período de la vida de Comte en que escribe su *Política Positiva*, se produce un gran cisma entre sus admiradores. Unos, solamente aceptan su Filosofía, entre ellos son de citarse Littré y Stuart Mill; otros, "siguen al maestro en todo" y, según René Hubert, ellos fueron principalmente el Dr. Robinet, el español José Segundo Flores y Georges Audiffrent, primer americano positivista".¹⁴

Por esta dualidad de pensamiento, analítico, rigurosamente científico de su Filosofía Positiva y lleno de idealismo exaltado, aunque también rigurosamente lógico, de su Política Positiva, la personalidad de Comte ha sido apasionadamente discutida.

Algunos autores le niegan todo mérito y la más mínima originalidad; opinan que no fue el fundador de la Sociología, sino que únicamente le dio el nombre. Otros afirman que no hizo Sociología, sino Filosofía de la Historia. Otros más, ni siquiera lo reconocen como filósofo. Hasta se ha llegado a considerar que su obra es producto de una mente desequilibrada.

Hay, por el contrario, escritores que le asignan gran mérito y lo consideran filósofo y pensador genial.

14 René Hubert: *op. cit.*, p. 13.

Barnes y Becker, refiriéndose a los períodos de ofuscación mental que sufrió, se expresan así: “Como dice Jaspers, “las proposiciones son válidas o inválidas independientemente de cuál sea su origen”. Por lo tanto, las taras mentales de Comte nada tienen que ver con sus ideas científicas. No pueden despreciarse sus teorías sociales como pura demencia.”¹⁵

Agreguemos nosotros que la sociedad ideal imaginada por Comte en su *Política Positiva* es una concepción tan respetable como la *Utopía* de Tomás Moro, *La Ciudad del Sol* de Campanella, o como las obras de otros utopistas a quienes, por serlo, nadie ha considerado que estuviesen privados de la razón.

Por lo que respecta a la novedad de sus ideas sociológicas, en nuestro concepto es injusto pedir absoluta originalidad y acierto definitivo en el trabajo científico que siempre es el resultado de la colaboración de varias mentalidades a través del tiempo y del espacio. Cada colaborador aporta, a la gran tarea colectiva, algo más o menos valioso; pero necesario antecedente de las posteriores sucesivas creaciones que, sin las anteriores aportaciones, no serían posibles.

Entre los grandes merecimientos de Augusto Comte es necesario señalar, desde luego, su acierto en la denominación de la nueva ciencia. “La mayor hazaña —dice Marvin— que le hará famoso y por la cual se le juzgará mientras perdure el recuerdo de su nombre. La repentina inspiración de la palabra Sociología asegurará su gloria, lo mismo que treinta años antes, la palabra Biología se había convertido en otro memorable momento histórico.”¹⁶

Agreguemos que solamente los incomprensivos pueden considerar desdeñosamente, o sin el justo valor, cuanto significa para la sociología la creación de esta palabra.

Antes de Augusto Comte, las especulaciones sobre la Sociedad y sus fenómenos se hacían en torno de la Filosofía, o de la Historia, en todo caso eran asistemáticas, no lograban estructurarse en un conocimiento autónomo; pero en cuanto surge el nombre de “Sociología”, la sistematización se hace posible, atrae a grandes mentalidades, polariza los trabajos dispersos; tiene, desde entonces, la virtud sugerente y organizadora de toda ciencia.

15 Barnes y Becker: *Historia del Pensamiento Social*. Fondo de Cultura. México, p. 554.

16 F. S. Marvin: *op. cit.*, p. 53.

Se ha dicho que Comte no hizo sociología; pero esa afirmación carece de exactitud. Es indudable que si se compara su Sociología con lo que ahora se considera como tal, ofrece un contenido bastante pobre, pero es absurdo exigir que una nueva disciplina científica surja, desde un principio, como unidad acabada y perfecta. Todas las ciencias tienen origen más o menos simplista y se enriquecen con el transcurso del tiempo, a medida que quienes las cultivan aportan sus hallazgos. La diferencia entre el estado actual de cualquiera ciencia, ya sea de la naturaleza o de la cultura y su etapa de iniciación, es tan grande o más que la que puede ofrecer la Sociología.

Comte, a pesar de sus críticos, es generalmente considerado el fundador de la Sociología como ciencia autónoma, puesto que le dió el nombre y el método rigurosamente científico que apartó de la pura especulación cuanto se refiere a la sociedad y sus fenómenos; apuntó con claridad su contenido, le señaló orientaciones fecundas y entrevió con genial clarividencia sus proyecciones pragmáticas.

El año de 1953 se cumplió el centenario del positivismo, al que está indisolublemente ligada la Sociología. Aquél, en su hora tuvo influencia mundial, se extendió a la organización misma de los pueblos, especialmente por lo que respecta a los sistemas de enseñanza, igual en Europa que en Estados Unidos de América y en la América Latina, sobre todo en México y en el Brasil en donde según René Hubert, "inspiró buena parte de sus instituciones políticas y sociales y se llegó a grabar su lema "orden y progreso" sobre el color verde, también preconizado por Comte, que brilla en la bandera de esa gran República suramericana. Pero si la Filosofía Positiva pasó de moda, como pasan todas las filosofías, en cambio, la Sociología adquiere cada vez mayor vigor e importancia en el mundo civilizado, inmortalizando a su fundador.

Francia, la patria de Comte, lo ha reconocido como a uno de sus más preclaros pensadores. En una pequeña plazoleta situada a un costado de la Sorbona, se levanta severa estatua de mármol, exornada con bellas figuras simbólicas, en honor del gran sociólogo. La morada en la que vivió los últimos años de su vida se conserva en calidad de monumento nacional. Nosotros la visitamos en el año de 1949. Permítasenos para terminar esta exposición esquemática de la obra de Augusto Comte, que como humilde homenaje a su genio, hagamos breve reminiscencia de aquella visita.

La casa de Augusto Comte

Uno de mis mayores deseos al llegar a París era visitar la casa de Augusto Comte. Deseo romántico si se quiere, pero justificado por la afición a la Sociología que he venido cultivando desde los años de juventud.

Cierto día, hallándome frente a la Sorbona en compañía de un joven amigo, le indiqué mi propósito y se brindó a llevarme, pues, según me dijo, conocía muy bien el lugar, que por cierto está a unos cuantos pasos del sitio en que conversábamos. Sin embargo, caminamos primero en un sentido con cierta seguridad y luego para arriba y para abajo de innumerables calles en una búsqueda inútil, pues mi compañero no acertaba a orientarse. Tomamos un taxi en el que recorrimos todo el rumbo, sin fortuna, hasta que decidimos continuar a pie e inquirir en algunas librerías y en otros establecimientos, lo que hicimos con iguales resultados negativos. Al fin, la memoria de mi atribulado guía se iluminó repentinamente. En unos minutos dimos con la calle de Monsieur-le-Prince, estrecha, larga, irregular, y llegamos frente a un viejo edificio de apartamentos, el número 10, alto, de varios pisos, bajo uno de cuyos balcones leímos grabada en placa de mármol esta leyenda conmemorativa:

Auguste Comte né à Montpellier le 19 Janvier 1798. Fondateur de la Sociologie, de la Philosophie et de la Morale Positives. Instituant la Religion de l'Humanité. Habita cette Maison depuis le 15 Juillet 1841 jusqu'à sa mort le 5 septembre 1857

Penetramos por una puerta no muy amplia que da acceso inmediato a la escalera y ascendimos hasta el piso en donde se halla el departamento que buscábamos. De otro frontero salió a recibirnos un señor entrado en años, bajito, pulcramente vestido, moreno, de amplia frente, rala melena y abultado bigote sembrado de canas. Sus ojos tristes le daban un aspecto de fatiga y desilusión. Por él supimos, desde luego, que la casa está al cuidado de una Sociedad de Filosofía auspiciada por el Gobierno, que la conserva como un monumento nacional. Cuando nos franqueó el paso me sentí invadido por intensa emoción.

La morada, en conjunto, es amplia, consta de varias piezas, unas interiores, otras con balcón hacia el patio del edificio, de donde les llegaba, a pesar de la mañana luminosa, una claridad desapacible.

Todo está como cuando existía su infortunado huésped. El mobiliario es pobre; pero acusa decoro mínimo propio de esa clase media europea

que vive dignamente, a pesar de su estrechez económica. Pasamos por el comedor, nos detenemos en la modesta sala donde llaman la atención dos retratos al óleo, uno de Augusto Comte y otro de Clotilde de Vaux. En el estudio hay una pintura que representa a Littré, dos estantes de caoba llenos de libros sobre Historia, Medicina y Ciencias Naturales, la mayoría empastados en piel. A un lado, cerca de una ventana interior, vemos la pequeña mesa de trabajo del escritor insigne.

En la alcoba, de sobriedad casi monacal, se destaca el lecho de madera con dosel de paño. Las cosas, los objetos que usaba Augusto Comte en los postreros días de su vida, se hallan en el mismo lugar. Sobre la chimenea está un vaso con una cucharilla, pequeño detalle impresionante que sugiere la presencia de un ser invisible.

Miré todo despacio, 'silenciosamente, con cierta devoción, respetuosa, en tanto que imaginaba la vida del Maestro en aquella casa triste. Advertí que no se encuentra un solo recuerdo de Carolina Massin, la mujer con quien se cruzó en las "Galerías Du Bois" y con la que, no importándole su pasado, se casó en 1825, después de una amistad amorosa sin romance y sin alegría.

Durante su vida marital escribió los seis tomos de la *Filosofía Positiva*, entre los años de 1830 y 1842. Es decir, en aquella casa en la que discurríamos concluyó su magnífico esfuerzo, pues que llegó a ella en 1841. Por un momento nos parecía verlo viviendo sus sueños, sus esperanzas, sus amarguras infinitas. Ya había pasado, para entonces, definitivamente, la tremenda crisis que, como resultado de su casamiento infeliz, del trabajo excesivo y de preocupaciones económicas, lo privó de la razón por algún tiempo. De esa pesadilla de confusiones salió débil y desesperado. Un día se arrojó al Sena tratando de hallar en sus aguas tranquilas el reposo final; pero alguien le salvó, y al renacer así a la vida que le pesaba como carga insufrible, su espíritu, ante el choque tremendo con la inminencia de la muerte, irguióse en el cuerpo endeble infundiéndole una fuerza prodigiosa. Sintió que estaba llamado a cumplir una misión, y desde ese instante se dedicó a ella en cuerpo y alma.

Un cambio profundo se operó en sus sentimientos y en su conducta, se tornó más austero y frugal y se consagró ardientemente a su labor creadora. Allí, en esas habitaciones, vería concluido el tomo sexto de su *Filosofía Positiva*. Allí revisaría, con apasionado interés, sobre su pequeña mesa de trabajo, las pruebas del libro ya coronado por la fama; pero también allí, bajo el techo de ese hogar sin fortuna, debe haber

sufrido las más crueles desavenencias con su esposa, las diarias incompreensiones que lo obligaron a divorciarse de ella.

Después de la separación, como dice su biógrafo Joseph Lonchamp, “el apartamento del número 10 de la calle de Monsieur-le-Prince le parecía desierto, la calma y el silencio que habían sucedido a las últimas tempestades no carecía de encanto para su corazón: le dejaba renacer la paz y la resignación”, hasta que en el año de 1844 Clotilde de Vaux, un amor tardío, ilumina su existencia, brevemente, con claridad deslumbradora.

Fue nada más un año de tortura y delicia, en el otoño de su existencia. La muerte la arrebató de su lado y el dolor que esta pérdida irreparable le produjo, amenazó otra vez el equilibrio de su mente. Sólo la idea que tenía de su gran misión logró salvarlo de aquella pena lacerante.

Alba de esperanzas en la obra realizada, breve esplendoroso día en el amor soñado que de pronto se hace realidad, y noche de su alma cuando perdiera a la muy amada, se sucedieron en aquella casa. “Su gran departamento —dice Lonchamp— desde entonces tan vacío, se pobló de los más tiernos recuerdos; aquí la puerta que franqueaba ella, ardientemente esperada; allí, su asiento preferido; por todas partes, objetos que había tocado con sus bellas manos o con su dulce mirada.”

Comte se volvió misántropo, solitario, enclaustrado por propia voluntad en su pequeño mundo de sombras y recuerdos; moderno cenobita en el corazón mismo de una ciudad radiante; empezó nueva y extraña existencia; apenas salía, apenas recibía la visita de algunos amigos; redujo su alimentación a lo estrictamente indispensable, se impuso la castidad y la pobreza; practicó la caridad, cultivó su dolor hasta la sublimación, hasta sufrir y gozar, frecuentemente, alucinaciones en las que veía a Clotilde de Vaux animando su soledad con un amor extrahumano. Así se transformó el atormentado filósofo en un santo laico.

En esta época escribió Comte la *Política Positiva*, obra monumental, grandiosa, penetrada toda ella de la influencia que ejerció en su espíritu su postrera pasión amorosa.

Desengaños; la ingratitud de uno de sus más queridos discípulos, la muerte de su amigo entrañable, Viellard, trastornaron su salud hondamente, al grado de que sus amigos temieron funesto desenlace; pero se recuperó de esa crisis terrible y en la convalecencia soñaba con un viaje al mediodía de Francia. Recordó, en maravillosa visión retrospectiva, su niñez y su juventud en Montpellier, el pueblo nativo, y

cuando se creía que todo peligro inmediato había desaparecido, el 5 de septiembre de 1857 sufrió una nueva crisis. “Dormido —dice Lonchampt— murió bajo mis ojos. La muerte fue para él un sueño sin despertar, vino sin dolores y no cambió la serenidad de su rostro.”

Nuestro guía me volvió a la realidad de la hora cuando con voz comedida nos invitó a visitar la Sala de Conferencias en el piso bajo. Es una estancia amplia, llena de luz, en la que se hallan dispuestas, en varias filas, sillas de alto respaldo frente a un estrado sobre el que se destaca el busto escultórico de Augusto Comte, y en el muro su retrato al óleo y otro de Clotilde de Vaux. En un paño lateral de la pieza están, en pequeñas fotografías, los ejecutores testamentarios del maestro y los más destacados adeptos de la Filosofía Positiva. Los hay de todas partes del mundo; entre los de América Latina vimos, en primer término, la figura de nuestro ilustre compatriota Gabino Barreda.

En seguida volvimos a subir por una escalera interior y entramos al departamento privado de nuestro cicerone. Allí tenemos la sensación de hallarnos en un remanso de las horas, como si en ese lugar se hubiese detenido el correr de la vida en la época de Augusto Comte. Todo está lleno de libros, folletos, publicaciones colocados en modestos anaqueles, o con cierto desorden sobre algunas mesas. Con satisfacción vimos una colección completa de la *Revista Positivista* del insigne mexicano D. Agustín Aragón.

Cuando salimos a la calle de Monsieur-le-Prince, fue como si volviésemos de una excursión por el siglo XIX que el gran pensador francés llenó con su influencia no sólo en la ciencia y en la filosofía, sino en la organización misma de los pueblos de cultura occidental; pero aquella emoción que nos embargaba y aquel polvo del tiempo que parecía haber caído sobre nuestras personas, se deshicieron bajo el encanto del sol del mediodía que derramaba el oro claro de su luz sobre el barrio latino.